

CAMILO JOSÉ CELA, BIBLIÓFILO Y EDITOR*

Fernando Huarte Morton

Pocas cosas me gustan tanto como los libros bien hechos y cuidados. Son palabras de Camilo José Cela que figuran en una publicación del Círculo de Lectores de Barcelona, 1995, *Retrato de Camilo José Cela*, por Alonso Zamora Vicente y Juan Cueto, página 78. Pregunté dónde escribió esto que, si no llegó a estar impreso, podría haberse tomado de una carta de Cela al Director del Círculo. No era tal, sino de una conversación entre ellos. Sí que tengo registrado el lugar (prólogo del tomo I de la *Obra completa*, página 31) donde consta otra formulación del mismo pensamiento, que pocos dudarán que es de pluma de Cela: *Los tobillos de la mujer y los libros hechos con amor son dos de mis más claros tics eróticos.* Cela, gustoso de libros, amantes de los libros, Cela bibliófilo.

A las varias famas que acompañaron a Cela, fomentadas o no por él mismo de *actor de cine, barbudo, cabo de Artillería, cantor de tangos, conferenciante, cocinero* (de paella, como algunos ministros y otros personajes), *criador de burros* (en Rute (Córdoba) era propietario de varios animales que se criaban allí. A veces iba a visitarlos, y mantenía correspondencia con los cuidadores. Cuando se casó una de las Infantas, el regalo de boda que hizo Cela consistió en un par de pollos; y hay una fotografía de la Reina acariciando a los animales, deliciosa), *judoka* (cinturón negro; en la sala donde se entrenaba en Palma de Mallorca, vistiendo el yudogui, pintaron un lema suyo: "El cobarde obedece a sus inclinaciones; el valiente las gobierna"), *malhablado* (en conversación normal no usaba "tacos", o no más que otras personas, se

* Conferencia pronunciada en el Centro Regional de Educación de Personas Adultas de la Comunidad de Madrid, en el congreso "Nuestros Nobel: paradigma y creatividad en la Educación de Personas Adultas" (Madrid, 29 y 30 de junio de 2006). Publicado en las *Actas de la VIII Escuela de Verano*, Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Educación (Dirección General de Promoción Educativa), 2007.

defendía), *Premio Nobel* (la pronunciación sueca se imita mejor con la nuestra aguda, que con la falsa llana —influida por lo inglés, exigiría vírgula en la *o*, que no suele ponerse—. El poeta García Nieto escribía donosamente: “Pudieron darme el Nobel / pero se lo han dado a él”), *senador* (en la ponencia sobre la Constitución corrigió a lenguaje llano la pomposidad de algunas frases y logró que se llame *amarillo* al color de la bandera en lugar de *gualda*, palabra de poco uso aunque está en Góngora y Lope. Y el nombre de *español* para la lengua oficial; pero luego en el Congreso lo eludieron, a favor de *castellano*. Lo que el pueblo más recuerda de Cela es que se permitió tomar el pelo al Presidente del Senado con la distinción entre el participio y el gerundio de *dormir* —y lo que siguió—, si no es todo invención), *torero*, *vagabundo*, *viajero en globo*..., hay que añadir la de *bibliófilo*.

Esta palabra despierta valoraciones negativas. A algunos les sugiere la figura de un hombre atrabiliario que se irrita si alguien pretende leer un libro de los que él guarda con avaricia. O bien, otra imagen, la de un solemne enlutado, con lentes de pinza, que habla con engolamiento y mira con lástima a quien, aficionado a la lectura, no le preocupa el tema de la “primera edición”. Y no tiene que ser así; bibliófilos, amigos de los libros, se dan entre personas normales, bibliófilos, lo somos todos. Ni parece esto suficiente motivo para postular la expresión *coleccionista*, que tiene unas aplicaciones arraigadas, incluso parece que se usa para referirse a cosas tenidas por menos serias que los libros. Tiene la ventaja de poder ser aplicada a la mujer, mientras el posible vocablo *bibliófila* no resulta muy aceptable.

No es sólo literaria la escena que se da mucho en la vida real, de quien, al ver una habitación cuajada de libros, pregunta al propietario: “Y éstos, ¿los ha leído usted todos?”. Sabido es que hay bula para contestar: “No, señor, si los hubiera leído, no los tendría ahí”. La relación de un científico, un técnico, con sus libros es obviamente, su utilización; la de un bibliófilo con los suyos puede no ser precisamente la lectura.

En el caso de un escritor, el hombre estima de un modo singular los libros propios, los que ha escrito él. Cela cuenta la emoción que le produjo recibir los primeros ejemplares de su novela *La familia de Pascual Duarte*, yendo a buscar, a la estación de Continental Auto (que duró hasta hace pocos años, en la calle Alenza, de Madrid), el paquete que le enviaba la imprenta Aldecoa por medio del autobús de viajeros de Burgos.

Por cierto que el académico sueco Knut Ahnlund (llamado por los Cela “Don Canuto” con su aquiescencia), al hacer su presentación en la ceremonia del Premio Nobel, interpretó esa noticia como que el libro se había tenido que imprimir clandestinamente en un garaje. Así consta en todas las reseñas del acto. Saliéndome por un momento de lo específicamente bibliográfico, puedo puntualizar que de hecho, el *Pascual* no tropezó en censura previa y fue prohibido cuando ya se estaba agotando la segunda edición, y no por informe de Censura, sino por decisión personal de un Director General. Sí hubo un informe (y muy duro disgusto) con la prohibición de *La colmena*. En cambio, de la novela sobre la guerra civil, *San Camilo*, de tema delicado en la época, Cela cuenta que sacó adelante su libro razonando hasta el cansancio ante otro Director General, y sólo hubo de cambiar, en la letra de un fandango que reproducía, el nombre del Jefe del Estado por el de Queipo que tenía las mismas sílabas: “Que viva el poder civil, / mueran Goded, Queipo y Mola” (página 351 de la primera edición).

Cela, tan vitalista, tan cercano al habla del pueblo y de la calle, tan dedicado a escribir como habla la gente, era, en gran medida, un hombre de libros. Autor hay que, si bien disfruta imaginando o trabajando en la investigación para escribir un libro, una vez que lo tiene impreso, se desentiende de él, le basta con guardar un ejemplar o aun ni eso. Cela no: se ocupó y preocupó de conservar ejemplares de todas y cada una de las ediciones que iban saliendo de sus obras. Le gustaba y le divertía verlas en lenguas no conocidas como el sueco o el danés, las de alfabeto no latino (ruso, búlgaro, hebreo, griego moderno) o las exóticas como el chino, el japonés, o el tagalo. No llegó a ver la bilingüe en guaraní ultimada pocos días antes de su muerte.

Guardados para disfrutar de su compañía, para ver aumentarse las filas y para preservarlos aun para después de él morir..., decía sentir horror a que sus libros pasaran a ser mercancía en la cuesta de Moyano y luchó para instituir un legado a los estudiosos de su obra y de la Literatura en general: la Fundación Camilo José Cela que urgía antes de que “...mi muerte pudiera dar al traste con los buenos propósitos y antes también de que el inclemente viento de la historia de cada cual pudiera esparcir mis papeles por el mundo adelante”. Impulso de sobrevivir o de que sobreviva lo propio.

Trató varias veces, por escrito, del tema de las bibliotecas particulares y hace referencias a la propia. En los comienzos, los libros

eran pocos. “La biblioteca del escritor es una biblioteca de dimensiones y proporciones, e incluso de aspiraciones, más bien modestas”. Como siempre, a toda persona que reúne y conserva libros, lo primero y más llamativo que le sale es la queja por la escasez de sitio y la disculpa por el desorden, de lo que sólo se libran quienes no tienen más que cuatro libros contados desde siempre y no los han leído ni piensan hacerlo. De un autor inglés es la comparación de que no caben los libros en las casas ni los coches en las calles.

De la primitiva biblioteca de Cela, la que él se iría formando personalmente durante sus etapas escolares y los libros que cuando se independizó recibió de la de su padre, tal vez no hayan sobrevivido muchos a traslados, pérdidas o expurgos, y puedan estar en la Fundación. Es sabido que en sus escritos primeros hay influencias de Juan Ramón Jiménez, Neruda, Baroja o Antonio Machado. Algún libro hay con señales de su uso. Naturalmente, no todo lo de esos autores ha de haber sido leído en libros propios.

Recibió, de joven, un trato inadecuado en la Biblioteca Nacional y se prometió no volver. Contó un par de veces tal experiencia de lector frustrado en ese Centro: un ordenanza le rechazó la petición de una novela de Galdós, diciéndole: “¡Aquí no se despacha literatura!” (han evolucionado mucho las formas, y hoy no se daría un caso semejante).

Con el tiempo, las magnitudes y las aspiraciones cambiaron a mejor. Y reunió una notable biblioteca de libros y revistas, sobre todo de Literatura pero también de Historia y Arte. Aparte el tesoro que supone la colección de manuscritos e impresos de las obras propias, la biblioteca de Cela, caracterizable por su utilidad para la labor de escritor en español, constaba de Lexicografía, Geografía y Arte (de Galicia, de Cataluña), Literatura española (desde la medieval y la clásica hasta la contemporánea), la “Biblioteca de Autores Españoles” y su continuación, las ediciones facsimilares de Antonio Pérez Gómez. De sus lecturas preferidas, las cuatro figuras del 98, están todas las obras de Baroja y muy buena representación de las de Azorín, Unamuno y Valle-Inclán.

No reparó en gastos para procurar buenas encuadernaciones. Testigo son los fondos que conserva la Fundación.

Cuando estaba definitivamente establecido como escritor famoso, recibió muchos libros dedicados por sus autores, amigos o jóvenes deseosos de atraerse su atención. Los reseñaba en revistas o diarios,

o los tomaba como apoyo inicial para un artículo. Y por eso de que al que tiene, se le da, no escasearon los regalos de libros raros y curiosos de parte de quienes conocían sus aficiones. Compró algunas bibliotecas, por ejemplo, la de un comisario de Policía, de libros relativos a delincuencia.

Empezando por su manifiesta estimación por sus libros propios como autor, la bibliofilia de Cela consiste en que conserva sus libros, los disfruta aunque la lectura se limite a reconocer unos pasajes, un epígrafe, un grabado. Los manda encuadernar o, en su caso, restaurar. Y lo que guarda es tanto el libro costoso como unos papeles de coplas de ciego o unas aleluyas. Hizo colección de los *Diccionarios* de la Real Academia, empezando por el llamado de Autoridades, de 1726-1739 hasta el actual; bastantes de las *Gramáticas* y de las *Ortografías*; los *Quijotes*, de Ibarra 1780, 1782; los *Discurso de ingreso* de todos los académicos; la edición de *Obras de Lope de Vega* con prólogos de Menéndez Pelayo.

En un artículo de 1942 relataba: “El libro está en octavo, alargado, en rústica, sin abrir, sin portada y con la página de la dedicatoria arrancada. A mí estos libros expósitos me inspiran una compasión y una simpatía profundas. Ahora está sobre mi mesa, tranquilo ya, y hasta parece que le ha mejorado el color. Se titula *Los mejores cuentos de los mejores autores españoles contemporáneos* y está fechado en 1902”.

Era un gesto muy suyo, pasar con suavidad el canto de la mano por sobre el libro abierto que acababa de adquirir. En 1946 escribe: “El lector coge el libro con mimo, cuidadosamente. Antes, al volver de la calle, se había lavado las manos. Venía ya pensando, en el tranvía, en leer el libro, en pasar las hojas cautelosamente, en entretenerse mirando los aguafuertes o viendo cómo en todo el texto no había ni una sola letra partida ni dos letras en distinto tono de negro. El lector es un buen aficionado al libro noble, al libro en que la edición sirve esmeradamente a la altura del contenido. El lector ama el libro de lujo; es, en realidad, el único lujo que le llama la atención. Tiene pocos, cierto es, pero bien guardados y bien cuidados. De vez en vez hojea alguno, lo mira y lo remira. Lo lee a trozos y lo vuelve a dejar, en su estuche de tela, sobre el estante”. Nótese que, de palabra, Cela tendía a evitar la expresión “edición de lujo” y sustituirla por la de “edición de bibliófilo”, alusiva a una riqueza más formal que material, más artística que física.

Entre varios libros, destacan dos obras de Cela en edición para bibliófilos: el *Viaje a la Alcarria*, de 1958, y la *Gavilla de fábulas sin amor*, de 1962. El artista catalán Jaume Pla i Pallejà propuso al autor hacer una del *Viaje*; recorrió en taxi el itinerario del viajero para ambientarse con personas y paisajes y grabó en talla dulce unas viñetas con grandes letras capitales historiadas. Cela se prestó a variar la redacción de los principios de algunos capítulos y los finales de varios párrafos o líneas donde la disposición del grabado en la plana lo exigía, “en el mejor servicio de la belleza tipográfica”, lo que satisfizo mucho al grabador que declaraba haber tenido un colaborador ideal en la persona de tan buen conocedor de todo lo que se puede considerar de un libro en cuanto objeto material. El resultado fue una edición perfecta, estimadísima.

También fue iniciativa de Pla la edición de los dibujos a la cera que había regalado Picasso en libro, para el que Cela redactara unos cuentos inspirados en las figuras: la *Gavilla*. El texto está compuesto a mano con letras de monotypia fundidas para este fin, encargado a operarios diestros en manejar los distintos gruesos de los espacios para evitar particiones de palabra en final de línea o líneas cortas en principio o final de plana. La reproducción exacta de los distintos colores se logró a base del exquisito cuidado y la pericia del grabador. Los relatos del autor, no del todo inocentes, parecen contener ocultas referencias a la política y hechos o personas del momento, que Cela se ofreció a desvelar alguna vez, pero no consta que lo hiciera. El primer capítulo es una lejana parodia de la Adoración de los Magos, el cuarto toma a broma lo que dice el Génesis de Eva y Adán, el noveno, “Homenaje a Federico García Lorca”, se apunta a las protestas por el asesinato, otro es glosa frívola de la *Iliada*, etcétera. No es texto fácil, aunque aliviado por sus rasgos de humor.

El efecto práctico del goce de un lector aficionado a libros en que concurren pincel y pluma, es indiferente qué ha sido primero, si la pintura o la letra: ésta en el *Viaje*, la otra, en la *Gavilla*; el autor tiene derecho a decir “me lo ilustró Picasso”, si esto le parece más envidiable.

Cela usaba la expresión “libros-herramienta” para los que son principalmente de utilización, a diferencia de los que son para información o deleite de lectura. En primer lugar, el *Diccionario* de la Real Academia del que hacía, no sólo frecuente sino constante uso, para verificar si una palabra que se le ocurría estaba admitida con el significado que se le quería dar. Y el *ideológico* de Casares para modifi-

car con sinónimos las voces que no quería repetir; el *etimológico*, de Joan Corominas para la propiedad idiomática, el *geográfico*, de Pascual Madoz para la ortografía de los topónimos, la precisión de los datos, exactitud de las fechas; muy utilizado en el libro de viajes *Judíos, moros y cristianos*. En el *Manual del Librero*, de Palau, consultaba los datos de los libros que poseía o de los que se ocupaba.

El *Diccionario de citas*, de Cesáreo Goicoechea (aparecido en 1952), fue su *polyanthea* para preparar los artículos o discursos. De ahí entresacaba las frases célebres por su sentido o por su forma con las que iniciar o insistir en la idea que pretendía desarrollar en sus artículos y acompañar su redacción de nombres de escritores célebres, pensadores y literatos. De aquí salió el lema de su agradecimiento por haber sido elegido para la Academia Española, declarándose cortésmente no merecedor de tal honor, con palabras de su favorito Quevedo: “Pocas veces quien recibe lo que no merece, agradece lo que recibe”. En fin, para utilizar una forma popular de fechar los acontecimientos (por la Virgen de Agosto, el año de la República, cuando murió Manolete, etc.) tomó la costumbre de fechar sus escritos con los nombres de los santos o acontecimientos, que sacaba del *Martirologio romano*, de Sánchez Ruiz. “Hoy, día de los santos mártires Vidal y Agrícola y víspera de san Zacarías y de santa Isabel, padres de San Juan Bautista” leemos en el primer artículo de la serie *El camaleón soltero* publicada en *El Independiente*, de Madrid.

En la biblioteca de Cela no podía faltar un exlibris. Lo hizo con un dibujo de Picasso y la leyenda “Un libro y toda la soledad”, lema que sin duda responde más a una mentalidad de lector que a la de escritor, pero todo es uno. En los libros que se guardan en la Fundación está puesta la cedulilla.

Y como bibliófilo, bibliógrafo. Siente la fascinación de la investigación bibliográfica. Cada libro, su problema: descripción, contenidos, prólogos, imprentas, tamaños, orden de ediciones. Y escribe “Una edición no documentada del *Diccionario* de la Academia”. “Noticia de algunas ediciones quizá no muy conocidas”. “La edición de 1764 de las *Reglas para la corrección y aumento del diccionario*”. Consultaba mucho el trabajo de Emilio Cotarelo y Mori, *Discurso acerca de las obras publicadas por la Real Academia*. Madrid, 1928.

Describe libros reales en varios de sus artículos literarios o novelas. Así está apostillada en *La colmena* la noticia del libro de Nietzsche que conserva Celestino, el del bar: “*Aurora —dice— Meditación sobre*

los prejuicios morales. ¡Qué hermoso título! = La portada lleva un óvalo con la foto del autor, su nombre, el título, el precio —cuatro reales— y el pie editorial: F. Sempere y Compañía, editores, calle del Palomar, 10, Valencia; Olmo, 4 (sucursal), Madrid. La traducción es de Pedro González Blanco. En la portada de dentro aparece la marca de los editores: un busto de señorita con gorro frigio y rodeado, por abajo, de una corona de laurel y, por arriba, de un lema que dice *Arte y Libertad*”.

En la redacción de la visita que en *La colmena* hace Martín Marco al cuchitril o cubil del librero Rómulo, están empleados los términos y frases habituales del tendero de libros viejos: “ordenando las fichas, apartando algún encargo, está muy agotado, auténtico, marquito, colores de la época, lleva en el estante cerca de un año, a mí me costó quince”, para imitar los lugares comunes de una conversación entre librero y cliente.

Bibliografía novelada he llamado yo al curiosísimo artículo “Andanzas europeas y americanas de Pascual Duarte y su familia”, publicado por Cela en la revista *Bibliofilia*, probablemente incitado por el director de ésta, el famoso bibliógrafo Antonio Rodríguez-Moñino, amigo suyo. Ahí el autor introduce entre sus descripciones y datos exactos de las ediciones de su primera novela, comentarios festivos: “pintan un Pascual Duarte que parece Pancho Villa durmiendo la siesta”. Relata sus primeros pasos en la actividad literaria y especial y precisamente las vicisitudes por las que pasó con las primeras ediciones y traducciones de su libro. Se diría una complacida revisión de su actividad de escritor hasta la fecha.

Se conservan, en fichas escritas de su mano, índices o bibliografías relativas a sus libros de erudición como el *Diccionario secreto* o el *Diccionario geográfico popular de España*.

El prestigioso editor Hans Meinke, afirma: “Durante los largos años de fructuosa colaboración entre Cela y Círculo de Lectores, las opiniones, ayudas y sugerencias del escritor siempre han sido de gran valor” (*Retrato*, p. 77). Esto justifica que hablemos de otra fama en relación con los libros: Camilo José Cela, *editor*.

Se puede pensar que lo definitivo de una lectura es despertar en quien lee una incitación a escribir. Es decir, que tras leer, copiar, escribir. El libro poético *Pisando la dudosa luz del día* lo dedica Cela “a los muchachos que escriben versos a los veinte años, los copian cuidadosamente en el mejor papel y los encuadernan luego con primor”. Un

paso más es querer imprimir, editar, dar vida a un libro, hacerlo nacer, verlo nacer. Cela prestó mucha atención a las cuestiones de editar lo propio y lo de otros, sentía, con espíritu de editor, amor a los libros en cuanto objetos, y afición a fabricarlos. Cooperaba a la buena presentación de sus obras, empezando por escoger si podía el editor y en algún caso, incluso la imprenta. Presentaba los originales bien preparados y corregía cuidadosamente las pruebas. Si no intervino directamente, sí aplaudió la realización que dispuso Destino para la colección de *Obra Completa*, 1962: papel fino pero opaco, tomos manuales de extensión limitada, y decidió que en lo suyo se dieran por definitivos los textos pues estaba dispuesto a corregir personalmente las pruebas. No se puede desconocer que, dada la continua aparición de nuevas ediciones de las novelas, si se hubiera ocupado él de la corrección de las pruebas todas, como en cada primera edición, no le habría quedado tiempo para escribir las siguientes. Era una tortura en los años 40 a 60 del siglo pasado tener que volver a leer con atención todo un libro para corregir las erratas de los tipógrafos y en su momento al volver las pruebas, verificar las enmiendas. Ahora en las reediciones, casi automáticas, se perpetúan las erratas inadvertidas, pero por lo menos, no las hay nuevas. Al aparecer publicado en el periódico cada artículo, Cela, por lo general con ayuda de atendedor, corregía en el recorte los fallos, con ello, al recogerse en un libro, el texto salía más depurado. Si se daba el caso, modificaba o reponía lo alterado o suprimido por mandato de la Censura.

Cuando Ediciones Destino le dio ocasión a emprender la *Obra Completa*, los prólogos, notas y apéndices de los textos están llenos de detalles propios de editor literario. A espíritu de editor se ha de atribuir, por ejemplo, el proyectar antetítulos para trilogías o conjuntos semejantes de escritos: *Caminos inciertos*, *Historias de Venezuela*, *Historias de España*, *Las botas de siete leguas*. No completó tales trilogías; en el caso de las novelas por tropiezos de las que las iniciaban: encuentros con la Censura en *La colmena*, mala aceptación sudamericana en *La catira*. El último antetítulo citado está como título de sección en algunos números de la revista *Papeles de Son Armadans* y recuperado para una de las colecciones de libros de Ediciones Alfaguara. Utilizó los antetítulos, sobre todo, en las colaboraciones habituales en periódicos y revistas, “de ellos llegué a tener una buena colección”. En los libros colectivos de cuentos o artículos, tales elementos están en las portadillas con que divide el contenido del volumen.

Y se conservan acá y allá algunas listas manuscritas de autores españoles comenzadas a redactar con vistas a algún proyecto más o menos inmediato de antología o colección editorial.

Dentro de la obra literaria idea situaciones y emplea vocabulario del ámbito autor-editor: “He estado una semana entera sin corregir pruebas”, se lee en *Pabellón de reposo*; en otro pasaje se dice de una palabra: “En un libro se representaría con letra cursiva”. En *La columna*, el jovencito melenudo del capítulo primero tiene previsto para su poema la maqueta de la edición, el *tipo de imprenta*, *bodoni*, la *justificación de tirada*; con dudas sobre el *colofón*, y sobre la *solapa de la sobrecubierta*, términos todos del oficio de imprimir.

Comenzó, de joven, colaborando con José María de Cossío en una colección de folletos literarios que se llamaba “Los cuatro pliegos”. En ella publicó Cela por primera vez su trabajo *El coleccionista de apodos*. Acaso tuvo alguna intervención en las revistas *Finisterre* y *Clavileño*. Dirigió una página en el diario *El Alcázar*, de Madrid, titulada “El ómnibus de la literatura. Donde todos caben y ninguno se cae”, de carácter festivo, entre el 9 de mayo y el 1 de agosto de 1945.

Al poco de irse a vivir en Mallorca fundó la revista *Papeles de Son Armadans*. El nombre —un tanto extraño y que resultó eficaz para atraer curiosidad y atención— hacía referencia al barrio de Palma donde estuvo la primera residencia del escritor. La presentaba como “una tímida y quizás orgullosa revista de literatura y pensamiento”.

Ya no se publicaban las dos revistas que conocería nuestro autor en los años 30, *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*; ni la que quiso ser continuación de esta última, *Escorial*. No faltaban otras notables, pero Cela pensó que no estaría de más una de su creación. De periodicidad mensual, comenzó a salir en abril de 1956 y duró hasta enero-marzo de 1979: 92 tomos, 276 números (algunos *bis*), y, aparte, colección de libros, sobre todo, poéticos.

Acertó a encontrar una imprenta artesanal (y primitiva hasta el punto de que la fuente de energía para la máquina de imprimir se generaba en el piso de arriba, con un burro que daba vueltas como en las norias de las huertas) y allí se componían las planas a mano con tipos móviles como en los tiempos de Gutenberg. El cuaderno, de pequeño tamaño, con tendencia a cuadrado, con seis o siete pliegos, 96 o 112 páginas de media, salvo extraordinarios; iba numerado, tanto el ordinal de año como el de tomo trimestral y el de número mensual, con cifras romanas como en el siglo XVIII. Se abría con un

comentario del director (lo que Zamora Vicente llamaba “el delantal”), ensayos breves de redacción inconfundible sobre un tema de actualidad (“Fuego en la catedral de León”) o el siempre actual para Cela, del oficio de escritor y la vida literaria.

Los artículos se presentaban por secciones que (salvo la primera, “El taller de los razonamientos”) tenían, además de un nombre, un lema literario alusivo al contenido: “El hondero — *Honda es el verso*” recogía los poemas; “Plazuela del Conde Lucanor — *A las cosas ciertas vos encomendad / Et de las fiucias vanas vos dejad*”, los cuentos; “Los días sobre la Tierra — *Sicut umbra dies nostri sunt super terram*”, las biografías o necrologías; “Tribunal del viento — *A mi querella el tribunal del viento*” o “Yunque de tinta fresca — *Por ende tal amigo no hay como el libro*”, la crítica de libros, etcétera. Si alguna colaboración no encajaba en las secciones fijas, Cela le hacía sitio con otro nombre y otro lema: la crítica de arte se amparaba bajo “El bando de los ángeles — *When an artist deserts to the side of the angels, it is not most odious of treasons*”. Ideó la serie de libritos con el pie de “O Tabeirón Namorado”, para trabajos sobre su obra —de Díaz Machicao, Fiol Guiscafré, Oguiza, Muñoz de la Peña y otros— que no se consideraba prudente darles cabida en la revista *Papeles*.

La afición de Cela por la pintura y por las artes en general, le llevó a preparar varios números monográficos sobre Picasso, Miró, Guinovar, Vedova, Gaudí... Muy numerosa e importante fue la dedicación de la revista a las artes plásticas. Editó dos almanaques literarios al estilo del *Acabóse* y el *Aviso* tan logrados por Bergamín en su *Cruz y Raya* en 1935 y 1936.

Con el nombre de la revista como pie editorial salieron a la luz libros en colecciones llamadas los Juanes: “Juan Ruiz”, de poemas; “Juan del Encina”, de teatro; “Juan de Timoneda”, de cuentos; “Juan de Juanes”, de dibujos y litografías, y “Príncipe don Juan Manuel”, de obras de C.J.C. Tanto de estos libros como de los números de la revista se hacía tirada en papel especial. Ediciones de bibliófilo, salieron el *Pascual Duarte*, el *Viaje a la Alcarria*, la *Gavilla de fábulas sin amor* y *El solitario y los Sueños de Quesada*, de Cela, éste con dibujos de Rafael Zabaleta.

Grabados intercalados en el texto y láminas en papel couché nunca faltaron. Un elemento gráfico comenzó con unas xilografías de la colección Guasp balear. La cubierta de cartulina color crema, con solapas, recogía todo el sumario en líneas centradas, alternando negro

y color. En papel de color se publicaban textos de menor entidad (pero también la primera serie de las *Nuevas escenas matritenses*), cada tres meses el índice del tomo, y se añadían anuncios, no todos de pago, de otras revistas, de editoriales y de los propios *Papeles* (andando el tiempo, de la editorial Alfaguara). Uno, de promoción turística de Mallorca, ocupó varias veces la plana posterior de la cubierta: la lista de dos docenas de personajes que “En Mallorca han escrito páginas memorables”: tras Jovellanos, Rubén Darío y la indefectible George Sand, venían Unamuno y otros escritores españoles y extranjeros.

Los colaboradores no cobraban, pero recibían cincuenta separatas de su trabajo, con cubierta. A lo largo de los años se consideró un honor para los escritores el haber sido admitido para colaborar en tal revista de renombre.

Cela trabajó para cuidar mucho la siempre amenazada puntualidad en la salida de cada número. Costeada con el peculio del director y algunas ayudas concretas para números determinados, llegó a nivelar gastos e ingresos por las suscripciones y los anuncios. Pero llegó el momento en que ni reducir los gastos de impresión, pasando del tipo móvil a la linotipia, permitía seguir, y la revista feneció dignamente al cabo de veintitrés años. Colaboradores y amigos editaron un curioso número adicional con nostalgia de los afanes de los primeros días.

Varias veces, y desde muy antiguo, Camilo José Cela declaraba su gusto e intención de fundar una editorial. Bajo su dirección, Alfaguara dio a luz su primer título el 5 de enero de 1965: *Viaje al Pirineo de Lérida*, en la colección “Las botas de siete leguas”, para libros de viajes. A ésta siguieron “Alfaguara literaria”, de novelas de autores actuales; “Poesía española contemporánea”, que reunió en cuatro volúmenes, poesía amorosa, poesía cotidiana, poesía religiosa y poesía social; “Estudios sobre literatura contemporánea”, y una muy lograda, “Hombres, hechos e ideas”, con trabajos de erudición. En casi todas figuraban novedades o reediciones de obras de Cela. “La novela popular” publicó a bajo precio cuentos y novelas cortas de autores españoles, tanto conocidos como principiantes.

Acercó al público ediciones que poseían o recordaban cualidades de los libros de bibliófilo por tipografía e ilustraciones, en las colecciones “Museo secreto” y “Puerto seguro”; y de bibliófilo fueron las “Amans amens” (el amante loco) y “El gallo en la torre”. La literatura

festiva de Cela se publicó en curiosos volúmenes de llamativo formato “A la pata de palo” y “Fotografías al minuto”. Hubo una colección “Ara i aci” para textos literarios en catalán.

Al instalarse la Fundación Camilo José Cela en Iria Flavia, Padrón, su Presidente cedió a las instancias que le urgían una resurrección de la revista *Papeles*, y fundó en 1995 *El Extramundi* con el significativo subtítulo *Y los Papeles de Iria Flavia*. El título apela también a un topónimo: aldea del Ayuntamiento de Padrón. No se puede dar una continuación más fiel, salvo que los progresos de la mecanización tipográfica han hecho que se pierda mucho de lo que aún la linotipia conservaba de la vieja artesanía del impresor, con sus reglas y exigencias tradicionales. De publicación trimestral asociada a los cambios de estación, Primavera, Verano, Otoño e Invierno, la revista sigue aun después de la dolorosa pérdida de su fundador.

Camilo José Cela, escritor español, bibliófilo y editor, hombre extraordinario.